

18

283

Teoría

GILLES DELEUZE

¿EN QUE SE RECONOCE EL ESTRUCTURALISMO?

EN: CHATELET, F., HISTORIA DE LA FILOSOFIA. IDEAS, DOCTRINAS,

T.IV: "LA FILOSOFIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES",

MADRID, ESPASA-CALPE, 1982.

VII

¿EN QUÉ SE RECONOCE EL ESTRUCTURALISMO?

Por GILLES DELEUZE

Antes nos preguntábamos «¿qué es el existencialismo?». Ahora: ¿qué es el estructuralismo? Estas cuestiones tienen gran interés, siempre que sean actuales y versen sobre obras en período de realización. Nos situamos en 1967. No podemos escudarnos en el carácter inacabado de las obras para evitarnos la respuesta, ya que ese carácter es el que da un sentido a la cuestión. En consecuencia, «¿qué es el estructuralismo?» está llamado a sufrir algunas transformaciones. En primer lugar, ¿quién es estructuralista? Hay ya costumbres establecidas en la cuestión más actual que pueda pensarse. La costumbre señala y ofrece contrastes con razón o sin ella: un lingüista como R. Jakobson; un sociólogo como C. Lévi-Strauss; un psicoanalista como J. Lacan; un filósofo que renueva la epistemología como M. Foucault; un filósofo marxista que vuelve sobre el problema de la interpretación del marxismo, como L. Althusser; un crítico literario como R. Barthes; escritores como los del grupo *Tal Cual*... Unos admiten el término «estructuralismo», y utilizan «estructura», «estructurado». Otros prefieren el término saussuriano de «sistema». Pensadores muy diferentes, y de generaciones distintas, algunos han ejercido sobre los otros una influencia real. Pero lo más importante es la absoluta diversidad de los ámbitos que exploran. Cada uno halla problemas, métodos y soluciones que tienen relaciones de analogía, como si participaran de un aire libre propio del tiempo, de un espíritu

del tiempo, pero que se mide por los descubrimientos y creaciones singulares en cada uno de esos ámbitos. En ese sentido, las palabras en *-ismo* están perfectamente justificadas.

Se puede señalar con razón a la lingüística como origen del estructuralismo: no sólo Saussure, sino la escuela de Moscú y la escuela de Praga. Y si el estructuralismo se extiende rápidamente a otros campos, ya no se trata esta vez de analogía: no ocurre simplemente para instaurar métodos «equivalentes» a los que han triunfado primero en el análisis del lenguaje. En verdad, no hay estructura más que de lo que es lenguaje, aunque sea un lenguaje esotérico o incluso no verbal. No hay estructura del inconsciente más que en la medida en que el inconsciente habla y es lenguaje. No hay estructura de los cuerpos sino en la medida en que los cuerpos están autorizados a hablar con un lenguaje que es el de los síntomas. Las cosas no tienen estructura sino por cuanto tienen un discurso silencioso que es el lenguaje de los signos. La cuestión «¿qué es el estructuralismo?» se transforma. Es mejor preguntarse: ¿en qué se reconocen quienes se llaman estructuralistas? ¿Y qué es lo que ellos reconocen? Es muy cierto que no se reconoce a las gentes, de una manera visible, más que en las cosas invisibles e insensibles que reconocen a su manera: ¿Cómo hacen los estructuralistas para reconocer un lenguaje en cualquier cosa, el lenguaje propio de un ámbito determinado? ¿Qué es lo que hallan en este ámbito? Nos proponemos, en consecuencia, delimitar algunos criterios *formales* de reconocimiento, los más simples, invocando cada vez el ejemplo de los autores citados, sea cual fuere la diversidad de sus trabajos y proyectos.

I. PRIMER CRITERIO: LO SIMBÓLICO

Estamos habituados, casi condicionados, a una cierta distinción o correlación entre lo real y lo imaginario. Todo nuestro pensamiento mantiene un juego dialéctico entre ambas nociones. Incluso cuando la filosofía clásica habla de la inteligencia o del entendimiento puro, se trata aún de una facultad definida por su aptitud para captar lo real y su verdadero fondo, lo real «en verdad», lo real tal cual es, en

oposición, aunque también en relación, a los poderes de la imaginación. Citemos movimientos creadores por completo diferentes: el romanticismo, el simbolismo, el suprarrealismo... Unas veces se alude al punto trascendental donde lo real y lo imaginario se penetran y se unen; otras veces, al su aguda frontera, como el filo de su diferencia. De todas maneras y en definitiva, a la oposición y a la complementariedad de lo imaginario y lo real, al menos en la interpretación tradicional del romanticismo, del simbolismo, etc. Incluso el freudismo es interpretado en la perspectiva de dos principios: principio de realidad con su fuerza de decepción, principio de placer con su potencia de satisfacción alucinante. Con mayor razón, métodos como los de Jung y Bachelard se inscriben por completo en lo real y lo imaginario, en el marco de sus relaciones complejas, unidad trascendental y tensión frontal, fusión y corte.

Ahora bien, el primer criterio del estructuralismo es el descubrimiento y el reconocimiento de un tercer orden, de un tercer reino: el de lo simbólico. Es el rechazo a confundir lo simbólico con lo imaginario, tanto como con lo real, lo que constituye la primera dimensión del estructuralismo. Todo ha comenzado allí por la lingüística: más allá de la palabra en su realidad y en sus componentes sonoros, más allá de las imágenes y de los conceptos asociados a las palabras, el lingüista estructuralista descubre un elemento de naturaleza totalmente diferente, objeto estructural. Y es posible que los novelistas del grupo *Tal Cual* pretendan instalarse en este elemento simbólico, tanto para renovar las realidades sonoras como las narraciones asociadas a ellas. Más allá de la historia de los hombres y de la historia de las ideas, Michel Foucault descubre un suelo más profundo, un subterráneo que constituye lo que él llama la *arqueología* del pensamiento. Tras los hombres reales y sus relaciones reales, tras las ideologías y sus relaciones imaginarias, Louis Althusser descubre un campo más profundo como objeto de ciencia y de filosofía.

Teníamos ya muchos padres en psicoanálisis: primero un padre real y luego imágenes del padre. Todos nuestros dramas transcurrían en las relaciones establecidas entre lo real y lo imaginario. Jacques Lacan descubre un tercer pa-

dre, más fundamental, padre simbólico o nombre-del-padre. No solamente lo real y lo imaginario, sino sus relaciones, y las dificultades de esas relaciones, deben ser pensadas como el límite de un proceso en el que se constituyen a partir de lo simbólico. En Lacan, y también en otros estructuralistas, lo simbólico como elemento de la estructura está al principio de una génesis: la estructura se encarna en las realidades y las imágenes según series determinables; más aún, ella las constituye encarnándose, pero no deriva de ellas al ser más profunda y al constituir el subsuelo para todos los suelos de lo real y para todos los cielos de la imaginación. A la inversa, las catástrofes propias al orden simbólico estructural explican las dificultades aparentes de lo real y lo imaginario: así en el caso de *El hombre de los lobos* tal como Lacan lo interpreta, al permanecer sin simbolizar («prescripción») el tema de la castración, reaparece en lo real, bajo la forma alucinante del dedo cortado (1).

Podemos numerar lo real, lo imaginario y lo simbólico como 1, 2, 3. Pero es posible que esas cifras tengan un valor cardinal al mismo tiempo que ordinal. Pues lo real en sí mismo no es separable de un cierto ideal de unificación o de totalización: lo real tiende a hacerse uno, es uno en su «verdad». Desde que vemos dos en «uno», desde que nos desdoblamos, lo imaginario aparece en persona, incluso si ejerce su acción en lo real. Por ejemplo, el padre real es uno, o pretende serlo según su ley; pero la imagen del padre es siempre doble en sí misma, dividida según la ley de lo dual. Se proyecta al menos sobre dos personas; la una representa al padre del juego, al padre bufón; la otra al padre del trabajo y del ideal: así, por ejemplo, el príncipe de Gales en Shakespeare, que pasa de una imagen del padre a otra, de Falstaff a la corona. Lo imaginario se define mediante juegos de espejo, de desdoblamiento, de identificación y de proyección invertida, siempre sobre el modo del doble (2). Pero es posible que, a su vez, lo simbólico sea el tres. No es solamente el tercero, tras lo real y lo imaginario. Hay siempre un ter-

(1) Cfr. LACAN, *Escritos*, págs. 386-389.

(2) J. Lacan es sin duda quien llega más lejos en el análisis original de la distinción entre imaginario y simbólico. Pero esta misma distinción, bajo formas diversas, se halla en todos los estructuralistas.

cero que buscar en lo simbólico; la estructura es al menos triádica, sin lo cual no «circularía»; tercero a la vez irreal y, sin embargo, no imaginable.

Veremos la razón de ello; pero ya el primer criterio consiste en esto: la posición de un orden simbólico, irreducible al orden de lo real, al orden de lo imaginario, y más profundo que ellos. Aún no sabemos en qué consiste este elemento simbólico. Podemos decir al menos que la estructura correspondiente no tiene relación alguna con una forma sensible, ni con una figura de la imaginación, ni con una esencia inteligible. Nada que ver con una forma: pues la estructura no se define en absoluto mediante una autonomía del todo, mediante una pregnancia del todo sobre las partes, mediante *Gestalt* que se ejercería en lo real y en la percepción; la estructura se define, por el contrario, mediante la naturaleza de determinados elementos atómicos que pretenden dar cuenta a la vez de la formación de los todos y de la variación de sus partes. Nada que ver tampoco con las figuras de la imaginación, aunque el estructuralismo esté completamente penetrado por reflexiones sobre la retórica, la metáfora y la metonimia; pues esas figuras implican desplazamientos estructurales que deben dar cuenta a la vez de lo propio y de lo figurado. Nada que ver, por último, con una esencia, pues se trata de una combinatoria que incide sobre elementos formales que no tienen por sí mismos ni forma, ni significación, ni representación, ni contenido, ni realidad empírica dada, ni modelo funcional hipotético, ni inteligibilidad tras las apariencias; nadie mejor que Louis Althusser ha señalado el estatuto de la estructura como idéntico a la «teoría» misma, y lo simbólico debe ser entendido como la producción del objeto teórico original y específico.

A veces el estructuralismo es agresivo: cuando denuncia el desconocimiento general de esta última categoría simbólica, por encima de lo imaginario y lo real. A veces es interpretativo: cuando renueva nuestra interpretación de las obras a partir de esta categoría, y pretende descubrir un punto original en que se realiza el lenguaje, se elaboran las obras y se entrelazan las ideas y las acciones. Romanticismo y simbolismo, pero también freudismo y marxismo, se convierten así en objeto de reinterpretaciones profundas. Más aún: es la obra mítica, la obra poética, la obra filosófica y las

propias obras prácticas las que están sujetas a la interpretación estructural. Pero esta reinterpretación sólo es válida en la medida en que anima nuevas obras que son las actuales, como si lo simbólico fuera una fuente, inseparablemente, de interpretación y de creación viva.

II. SEGUNDO CRITERIO: LOCAL O DE POSICIÓN

¿En qué consiste el elemento simbólico de la estructura? Sentimos la necesidad de ir lentamente, de decir y repetir primero lo que no es. Distinto de lo real y de lo imaginario, no puede definirse ni por las realidades preexistentes a las que remitiría, y al mismo tiempo señalaría, ni por los contenidos imaginarios o conceptuales que implicaría y que le darían una significación. Los elementos de una estructura no tienen ni designación extrínseca ni significación intrínseca. ¿Qué queda? Como Lévi-Strauss señala con rigor, no tienen nada más que un *sentido*: un sentido que es necesario y únicamente de «posición» (3). No se trata de un lugar en una extensión real, ni de lugares en extensiones imaginarias, sino de sitios y lugares en un espacio propiamente estructural, es decir, topológico. Es estructural el espacio, pero un espacio inextenso, preextensivo, puro *spatium* constituido progresivamente como orden de vecindad, donde la noción de vecindad tiene inicialmente un sentido ordinal y no una significación en lo extensivo. O bien en biología genética: los genes forman parte de una estructura en cuanto son inseparables de los *loci*, lugares capaces de cambiar de relación en el interior del cromosoma. (En una palabra, los lugares en un espacio puramente estructural se sitúan primeramente en relación a las cosas y a los seres reales que vienen a ocuparlos, y también en relación a las funciones y a los acontecimientos siempre algo imaginarios que aparecen necesariamente cuando son ocupados.)

La ambición científica del estructuralismo no es cuantitativa, sino topológica y relacional: Lévi-Strauss plantea constantemente ese principio. Y cuando Althusser habla de estructura económica, precisa que los verdaderos «sujetos»

no son los que vienen a ocupar las plazas, individuos concretos u hombres reales, lo mismo que los verdaderos objetos no son las funciones que ellos tienen y los acontecimientos que ocurren, sino en primer lugar las plazas en un lugar topológico y estructural definido por las relaciones de producción (4). Cuando Foucault define determinaciones tales como la muerte, el deseo, el trabajo o el juego, no las considera como dimensiones de la existencia humana empírica, sino en primer lugar como la cualificación de plazas o de posiciones que harán mortales y moribundos, o deseosos, o trabajadores, o jugadores a quienes las ocupen, pero que no las ocuparán más que secundariamente, desempeñando sus funciones según un orden de vecindad que es el de la misma estructura. Por ello Foucault puede proponer una nueva repartición de lo empírico y de lo trascendental, hallándose definido este último por un orden de plazas independientemente de aquellos que las ocupan de forma empírica (5). El estructuralismo no puede separarse de una filosofía trascendental nueva, donde los lugares lo llevan sobre lo que los llena. Padre, madre, etc., son inicialmente lugares en una estructura; y si nosotros somos mortales, lo somos al tomar la fila, al venir a tal lugar, marcados en la estructura según este orden topológico de las vecindades (incluso cuando adelantamos nuestro turno).

«No es sólo el sujeto, sino los sujetos tomados en su intersubjetividad quienes se ponen en fila y modelan su propio ser sobre el momento que les corresponde en la cadena significativa... El desplazamiento del significante determina a los sujetos en sus actos, en su destino, en sus rechazos, en sus cegueras, en su éxito y en su suerte, a pesar de sus dones, innatos y de su puesto social, independientemente del carácter o el sexo...» (6). No se puede decir de mejor forma que la psicología empírica se halla no sólo fundada, sino también determinada por una topología trascendental.

Muchas consecuencias derivan de ese criterio local o posicional. Y en primer lugar, si los elementos simbólicos no tienen designación extrínseca ni significación intrínseca, sino

(4) L. ALTHUSSER, *Leer el Capital*, t. II, pág. 157.

(5) M. FOUCAULT, *Las palabras y las cosas*, págs. 329 y sigs.

(6) J. LACAN, *Escritos*, pág. 30.

(3) Cfr. *Espíritu*, noviembre 1962.

solamente un sentido de posición, hay que establecer en principio que el sentido resulta siempre de la combinación de elementos que no son en sí mismos significantes (7). Como señala Lévi-Strauss en su discusión con Paul Ricoeur, el sentido es siempre un resultado, un efecto: no solo un efecto como producto, sino un efecto de óptica, un efecto de lenguaje, un efecto de posición. Existe en profundidad un sentido del sentido, del que resulta el propio sentido. No es que se retorne de este modo a lo que se llamó filosofía del absurdo. Pues en la filosofía del absurdo, es el sentido el que falta, esencialmente. Para el estructuralismo, por el contrario, hay siempre mucho sentido, una superproducción, una superdeterminación del sentido, producido siempre en exceso por la combinación de los lugares en la estructura. (De aquí la importancia, por ejemplo, en Althusser, del concepto de superdeterminación.) El sin-sentido no es del todo absurdo o lo contrario del sentido, sino lo que le hace valer y lo produce al circular en la estructura. El estructuralismo no debe nada a Albert Camus, pero sí mucho a Lewis Carroll.

La segunda consecuencia es la afición del estructuralismo por determinados juegos y determinado teatro, por determinados espacios lúdicos y teatrales. Lévi-Strauss se refiere a menudo a la teoría de los juegos y da gran importancia a los naipes, pero no lo hace por azar. Y Lacan ofrece metáforas de juegos que son algo más que metáforas: no sólo el hurón que corre en la estructura, sino el sitio del muerto que circula en el *bridge*. Los juegos más nobles como el ajedrez son los que organizan una combinatoria de los lugares en un puro *spatium* infinitamente más profundo que la extensión real del tablero y la extensión imaginaria de cada figura. O bien Althusser interrumpe su comentario de Marx para hablar de teatro, pero de un teatro que no es realista ni ideológico, puro teatro de lugares y de posiciones cuyo principio se halla en Brecht, y que hoy encontraría su expresión más avanzada en Armand Gatti. En una palabra, el manifiesto mismo del estructuralismo debe buscarse en la célebre fórmula, eminentemente poética y teatral: pensar es arrojar unos dados.

La tercera consecuencia es que el estructuralismo no puede separarse de un nuevo materialismo, de un nuevo ateísmo, de un nuevo antihumanismo. Pues si el lugar es anterior en relación a quien lo ocupa, no bastará ciertamente con situar al hombre en el lugar de Dios para cambiar de estructura. Y si este lugar es el lugar del muerto, la muerte de Dios quiere decir también la del hombre, en favor, esperamos, de alguna cosa futura, pero que no puede llegar más que en la estructura y por su mutación. Así aparece el carácter imaginario del hombre (Foucault), o el carácter ideológico del humanismo (Althusser).

III. TERCER CRITERIO: LO DIFERENCIAL Y LO SINGULAR

¿En qué consisten en definitiva esos elementos simbólicos o unidades de posición? Volvamos al modelo lingüístico. Lo que es distinto a la vez de las partes sonoras y de las imágenes y conceptos asociados es llamado fonema. El fonema es la más pequeña unidad lingüística capaz de diferenciar dos palabras de significación diversa: por ejemplo, casa y pasa. Está claro que el fonema se encarna en las letras, las sílabas y los sonidos, pero que no se reduce a ello. Las letras, las sílabas y los sonidos le proporcionan además una independencia, mientras que en sí mismo es inseparable de la relación fonemática que le une a otros fonemas: $\frac{c}{p}$. Los fonemas no existen independientemente de las relaciones de las que forman parte y por medio de las que se determinan reciprocamente.

Podemos distinguir tres tipos de relaciones. Un primer tipo se establece entre los elementos que gozan de independencia o autonomía: por ejemplo, $3 + 2$, o incluso $\frac{2}{3}$. Los elementos son reales, y esas relaciones deben ser consideradas también reales. Un segundo tipo de relaciones, por ejemplo, $x + y - R = 0$, se establece entre términos cuyo valor no está especificado, pero que en cada caso deben tener un valor determinado. Tales relaciones pueden ser llamadas imaginarias. Pero el tercer tipo se establece entre elemen-

(7) C. LÉVI-STRAUSS, cfr. *Espíritu*, noviembre 1963.

tos que no tienen ningún valor determinado y que, sin embargo, se determinan recíprocamente en la relación: así,

$$y dy + x dx = 0, \text{ o } \frac{dy}{dx} = -\frac{x}{y}. \text{ Tales relaciones son simbólicas, y los elementos correspondientes son captados en una relación diferencial. } Dy \text{ está totalmente determinado en relación a } y, dx \text{ está totalmente indeterminado en relación a } x: \text{ ninguno tiene existencia, ni valor, ni significación. Y sin embargo, la relación } \frac{dy}{dx} \text{ está totalmente determinada, los dos elementos se determinan recíprocamente en la relación. Ese proceso de una determinación recíproca en el seno de la relación, permite definir la naturaleza simbólica. Ocurre que se busca el origen del estructuralismo del lado de lo axiomático. Es cierto que Bourbaki, por ejemplo, emplea la palabra estructura. Pero lo hace, nos parece, en un sentido muy diferente al del estructuralismo. Pues se trata de relaciones entre elementos no especificados, incluso cualitativamente, y no de elementos que se especifican recíprocamente en las relaciones. Lo axiomático en ese sentido sería aún imaginario, impropriamente hablando, simbólico. El origen matemático del estructuralismo debe buscarse más bien del lado del cálculo diferencial, y precisamente en la interpretación que dieron de él Weierstrass y Russell, interpretación estática y ordinal, que libera definitivamente el cálculo de cualquier referencia a lo infinitamente pequeño, y lo integra en una pura lógica de las relaciones.}$$

A las determinaciones de las relaciones diferenciales corresponden singularidades, reparticiones de puntos singulares que caracterizan las curvas o las figuras (un triángulo, por ejemplo, tiene tres puntos singulares). De este modo la determinación de las relaciones fonemáticas propias de una lengua dada señala las singularidades en cuya proximidad se constituyen las sonoridades y las significaciones de la lengua. La determinación recíproca de los elementos simbólicos se prolonga, en consecuencia, en la determinación completa de los puntos singulares que constituyen un espacio correspondiente a esos elementos. La noción capital, de singularidad, tomada al pie de la letra, parece pertenecer a todos los campos, donde hay estructura. La fórmula general: «pensar

es arrojar unos dados» remite a las singularidades representadas por los puntos brillantes sobre los dados. Toda estructura presenta los dos aspectos siguientes: un sistema de relaciones diferenciales según las cuales los elementos simbólicos se determinan recíprocamente, y un sistema de singularidades correspondientes a esas relaciones y que delimitan el espacio de la estructura. Toda estructura es una multiplicidad. La cuestión: ¿hay estructura en cualquier campo?, debe ser planteada de este modo: ¿es posible, en tal o cual campo, distinguir elementos simbólicos, relaciones diferenciales y puntos singulares que les sean propios? Los elementos simbólicos se encarnan en los seres y objetos reales del campo considerado; las relaciones diferenciales se actualizan en las relaciones reales entre esos seres; las singularidades equivalen a lugares en la estructura, que distribuyen las funciones o actitudes imaginarias de los seres u objetos que vienen a ocuparlos.

No se trata de metáforas matemáticas. En cada campo hay que hallar los elementos, las relaciones y los puntos. Cuando Lévi-Strauss emprende el estudio de las estructuras elementales de parentesco, no considera únicamente los padres reales en una sociedad, ni las imágenes del padre que figuran en los mitos de esa sociedad. Pretende descubrir verdaderos fonemas de parentesco, es decir, parentemas, unidades de posición que no existen independientemente de las relaciones diferenciales en que entran y se determinan recíprocamente. De este modo, las cuatro relaciones hermano marido padre tío materno forman la estructura más simple. Y a esta combinatoria de las denominaciones parentales corresponden, aunque sin semejanza y de manera compleja, las actitudes entre parientes que efectúan las singularidades determinadas en el sistema. También se puede proceder a la inversa: partir de las singularidades para determinar las relaciones diferenciales entre elementos simbólicos últimos. De este modo, citando el ejemplo del mito de Edipo, Lévi-Strauss parte de las singularidades del relato (Edipo se casa con su madre, mata a su padre, inmola la esfinge, es llamado engreído, etc.) para inducir las relaciones diferenciales entre mitemas que se determinan re-

cíprocamente (relaciones de parentesco sobreestimadas, relaciones de parentesco subestimadas, negación de la autoctonia, persistencia de la autoctonia) (8). Siempre y en todos los casos los elementos simbólicos y sus relaciones determinan la naturaleza de los seres y objetos que acaban de llevarlos a cabo, mientras que las singularidades establecen un orden de los lugares que determina simultáneamente las funciones y actitudes de esos seres en cuanto los ocupan. La determinación de las estructuras desemboca así en una teoría de las actitudes que expresan el funcionamiento.

Las singularidades se corresponden con los elementos simbólicos y sus relaciones, pero no se parecen a ellos. Antes bien, se diría que ellas «simbolizan» con ellos. Derivan de ellos, ya que toda determinación de las relaciones diferenciales supone una repartición de puntos singulares. Pero, por ejemplo: los valores de las relaciones diferenciales se encarnan en las especies, mientras que las singularidades se encarnan en las partes orgánicas correspondientes a cada especie. Unas constituyen variables y las otras funciones. Unas constituyen en una estructura el campo de las denominaciones, otras el de las actitudes. Lévi-Strauss ha insistido sobre el doble aspecto —de derivación y, sin embargo, de irreducibilidad— de las actitudes en relación a las denominaciones (9). Un discípulo de Lacan, Serge Leclair, muestra en otro campo cómo los elementos simbólicos del inconsciente remiten necesariamente a «movimientos libidinosos» del cuerpo, encarnando las singularidades de la estructura en tal o cual lugar (10). En ese sentido toda estructura es psicósomática, o más bien representa un complejo categoría-actitud.

Consideremos la interpretación del marxismo por Althusser y sus colaboradores: ante todo, las relaciones de producción están determinadas como relaciones diferenciales que se establecen no entre hombres reales o individuos concretos, sino entre objetos y agentes que tienen inicialmente un valor concreto (objeto de la producción, instrumento de produc-

(8) C. LÉVI-STRAUSS, *Antropología estructural*, págs. 235 y sigs.

(9) *Ibid.*, págs. 343 y sigs.

(10) S. LECLAIRE, «Contar con el psicoanálisis», en *Cuadernos para el análisis*, núm. 8.

ción, fuerza de trabajo, trabajadores inmediatos, no-trabajadores inmediatos, tales como son captados en las relaciones de propiedad y de apropiación) (11). Cada modo de producción se caracteriza entonces por singularidades que corresponden a los valores de las relaciones. Y si resulta evidente que hay hombres concretos que ocupan los lugares y realizan los elementos de la estructura, lo hacen desempeñando la función que el lugar estructural les asigna (por ejemplo, el «capitalista») y sirviendo de soportes para las relaciones estructurales: aunque «los verdaderos sujetos no son esos ocupantes y esos funcionarios... sino la definición y la distribución de esos lugares y de esas funciones». El verdadero sujeto es la misma estructura, lo diferencial y lo singular, las relaciones diferenciales y los puntos singulares, la determinación recíproca y la determinación completa.

IV. CUARTO CRITERIO: LO DIFERENCIANTE, LA DIFERENCIACIÓN

Las estructuras son necesariamente inconscientes, en virtud de los elementos, relaciones y puntos de que se componen. Toda estructura es una infraestructura, una microestructura. En cierto modo no son actuales. Es actual aquello en que la estructura se encarna o más bien aquello que constituye al encarnarse. Pero en sí misma, no es ni actual ni ficticia; ni real ni posible. Jakobson plantea el problema del estatuto del fonema: éste no se confunde con una letra, sílaba o sonido actuales, y tampoco es una ficción, una imagen asociada (12). Puede ser que la palabra de virtualidad designe exactamente el modo de la estructura o el objeto de la teoría. A condición de retirar todo lo vago; pues lo virtual posee una realidad propia que no se confunde con ninguna realidad actual, presente o pasada; posee una idealidad propia que no se confunde con ninguna imagen posible, con ninguna idea abstracta. Se dirá de la estructura: *real sin ser actual, ideal sin ser abstracta*. Por esto, Lévi-Strauss presenta a menudo la es-

(11) L. ALTHUSSER, *Leer el Capital*, t. II, págs. 152-157 (cfr. también E. BALIBAR, págs. 205 y sigs.).

(12) R. JAKOBSON, *Ensayos de lingüística general*, cap. VI.

estructura como una especie de depósito o de repertorio ideal, donde todo coexiste virtualmente, pero donde la actualización se realiza necesariamente siguiendo direcciones exclusivas, implicando siempre combinaciones parciales y elecciones inconscientes. Separar la estructura de un campo equivale a determinar toda una virtualidad de coexistencia que preexiste a los seres, a los objetos y a las obras de ese campo. Toda estructura es una multiplicidad de coexistencia virtual. L. Althusser, por ejemplo, muestra en ese sentido que la originalidad de Marx (su antihegelianismo) reside en la manera en que el sistema social es definido por una coexistencia de elementos y de relaciones económicas, sin que se pueda engendrarlos subjetivamente según la ilusión de una falsa dialéctica (13).

¿Qué es lo que coexiste en la estructura? Todos los elementos, las relaciones y valores de relación, todas las singularidades propias del campo considerado. Tal coexistencia no implica ninguna confusión, ninguna indeterminación: son las relaciones y los elementos diferenciales que coexisten en un todo perfecta y completamente determinado. Sólo falta que ese todo no se actualice en cuanto tal. Lo que se actualiza, aquí y ahora, son tales relaciones, tales valores de relación o tal repartición de singularidades; otros se actualizan después o en otros momentos. No hay lengua total, que encarne todos los fonemas y relaciones fonemáticas posibles; pero la totalidad virtual del lenguaje se actualiza siguiendo direcciones exclusivas en lenguas diversas, en la que cada una encarna determinadas relaciones, determinados valores de relación y determinadas singularidades. No hay sociedad total, pero cada forma social encarna determinados elementos, relaciones y valores de producción (por ejemplo, el «capitalismo»). Debemos, pues, distinguir la estructura total de un campo como conjunto de coexistencia virtual, y las subestructuras que corresponden a las diversas actualizaciones de dicho campo. De la estructura como virtualidad, debemos decir que aún está indiferenciada, aunque sea completamente diferente. De las estructuras que se encarnan en tal o cual forma actual (presente o pasada), tendremos que decir que

(13) L. ALTHUSSER, *Leer el Capital*, t. I, pág. 82; t. II, pág. 44.

son diferentes y que, para ellas, actualizarse es precisamente diferenciarse. La estructura es inseparable de ese doble aspecto, o de ese complejo que puede designarse bajo el nombre de diferen $\frac{t(e)}{c(ia)}$, donde $\frac{t}{c}$ constituye la relación fonemática universalmente determinada.

Toda diferenciación, toda actualización, se realiza según dos procedimientos: especies y partes. Las relaciones diferenciales se encarnan en especies cualitativamente distintas, mientras que las singularidades correspondientes se encarnan en las partes y figuras extensas que caracterizan cada especie. Así las especies de las lenguas, y las partes de cada una, junto a las singularidades de la estructura lingüística; los modos sociales de producción específicamente definidos, y las partes organizadas correspondientes a cada uno de esos modos, etc. Se advertirá que el proceso de actualización implica siempre una temporalidad interna, variable según lo que se actualiza. No sólo cada tipo de producción social tiene una temporalidad global interna, sino que esas partidas organizadas tienen ritmos particulares. La posición del estructuralismo respecto al tiempo es, en consecuencia, muy clara: el tiempo es siempre un tiempo de actualización, según el que se efectúan a ritmos diversos los elementos de coexistencia virtual. El tiempo va de lo virtual a lo actual, es decir, de la estructura a su actualización, y no de una forma actual a otra. O al menos, el tiempo concebido como relación de sucesión de dos formas actuales se contenta con expresar de manera abstracta los tiempos internos de la estructura o las estructuras que se efectúan en profundidad en esas dos formas, y las relaciones diferenciales entre esos tiempos. Y precisamente porque la estructura no actualiza sin diferenciarse en el espacio y en el tiempo, sin diferenciar por la misma razón las especies y las partidas que la realizan, debemos decir en ese sentido que la estructura produce esas especies y esas partidas. Las produce como especies y partidas diferenciadas. Aunque no se puede oponer lo genético a lo estructural, como tampoco el tiempo a la estructura. La génesis, como el tiempo, va de lo virtual a lo actual, de la estructura a su actualización; las dos nociones de temporalidad

múltiple interna, y de génesis ordinal estática, son en ese sentido inseparables del juego de las estructuras (14).

Es preciso insistir sobre ese papel diferenciador. La estructura es en sí misma un sistema de elementos y de relaciones diferenciales; pero también ella diferencia las especies y las partidas, los seres y las funciones en los que se actualiza. Es diferencial en sí misma, y diferenciadora en su efecto. Comentando a Lévi-Strauss, Jean Pouillon definía el problema del estructuralismo: ¿se puede elaborar «un sistema de diferencias que no conduzcan ni a su simple yuxtaposición, ni a su desaparición artificial»? (15). A este respecto, la obra de Georges Dumézil es ejemplar, desde el punto de vista del estructuralismo: nadie ha analizado mejor las diferencias genéricas y específicas entre religiones, y también las diferencias de partidas y de funciones entre los dioses de una misma religión. Los dioses de una religión, por ejemplo, Júpiter, Marte, Quirino, encarnan elementos y relaciones diferenciales, al mismo tiempo que hallan sus aptitudes y funciones junto a las singularidades del sistema o de las «partidas de la sociedad» considerada: están, pues, esencialmente diferenciados por la estructura que se actualiza o que se efectúa en ellos, y que les produce al actualizarse. Es cierto que cada uno de ellos, considerado en su sola actualidad, atrae la función de los demás aunque se corre el riesgo de no hallar nada de esta diferenciación original que los lleva de lo virtual a lo actual. Pero precisamente por aquí pasa la frontera entre lo imaginario y lo simbólico: lo imaginario tiende a reagrupar sobre cada término el efecto total de un mecanismo de conjunto, mientras que la estructura simbólica asegura la diferenciación de los términos y la diferenciación de los efectos. De aquí la hostilidad del estructuralismo respecto a los métodos de lo imaginario: la crítica de Jung por Lacan, la crítica de Bachelard por la «nueva crítica». La imaginación desdobla y refleja, proyecta e identifica, se pierde en juegos

(14) El libro de Jules Vuillemin (*Filosofía del álgebra*, P. U. F., 1960) propone una determinación de las estructuras en matemáticas. Insiste sobre la importancia a este respecto de una teoría de los problemas (según el matemático Abel), y de los principios y determinaciones (determinación recíproca, completa y progresiva según Galois). Muestra cómo las estructuras, en ese sentido, proporcionan los medios para realizar las ambiciones de un verdadero método genético.

(15) Cfr. *Los tiempos modernos*, julio 1956.

de espejos; pero las distinciones que establece, como las asimilaciones que opera, son efectos superficiales que ocultan los mecanismos diferenciales ciertamente sutiles de un pensamiento simbólico. Comentando a Dumézil, Edmond Ortigues dice con acierto: «Cuando nos acercamos a la imaginación material, la función diferencial disminuye, se tiende hacia equivalencias; cuando nos acercamos a los elementos formadores de la sociedad, la función diferencial aumenta, se tiende hacia valencias distintivas» (16).

Las estructuras son inconscientes, están necesariamente recubiertas por sus productos o efectos. Una estructura económica no existe jamás pura, sino recubierta por relaciones jurídicas, políticas e ideológicas en las que se encarna. No se pueden leer, hallar o recuperar las estructuras más que a partir de esos efectos. Los términos y las relaciones que los actualizan, las especies y las partidas que los efectúan, son confusiones tanto como expresiones. Por ello un discípulo de Lacan, J. A. Miller, establece el concepto de una «causalidad metonímica», o bien Althusser, el de una causalidad propiamente estructural, para dar cuenta de la presencia muy particular de una estructura en sus efectos, y de la manera en que diferencia esos efectos, al mismo tiempo que ellos la asimilan y la integran (17). El inconsciente de la estructura es un inconsciente diferencial. Podría creerse de este modo que el estructuralismo retorna a una concepción prefreudiana: Freud no concibe el inconsciente sobre el modo de conflicto de las fuerzas o de la oposición de los deseos, mientras que la metafísica leibniziana proponía ya la idea de inconsciente diferencial de las percepciones menores. Pero en el propio Freud existe todo un problema sobre el origen del inconsciente, sobre su constitución como «lenguaje», que supera el nivel del deseo, de las imágenes asociadas y de las relaciones de oposición. Al contrario, el inconsciente diferencial no está formado por pequeñas percepciones de lo real y por sensaciones límite, sino más bien por las variaciones de

(16) E. ORTIGUES, *El razonamiento y el símbolo*, Aubier, pág. 197. Ortigues señala igualmente la segunda diferencia entre lo imaginario y lo simbólico: el carácter «dual» o «espejular» de la imaginación, por oposición al tercero, al tercer término que pertenece al sistema simbólico.

(17) L. ALTHUSSER, *Leer el Capital*, t. II, págs. 169 y sigs.

las relaciones diferenciales en un sistema simbólico en función de las reparticiones de las singularidades. Lévi-Strauss dice con razón que el inconsciente no tiene ni deseos ni representaciones, que está «siempre vacío», y que consiste únicamente en las leyes estructurales que imponen tanto las representaciones como los deseos (18).

El inconsciente es siempre un problema. No en el sentido de que su existencia sea dudosa, sino porque forma él mismo los problemas y las cuestiones que se resuelven únicamente en la medida en que se efectúa la estructura correspondiente, y siempre según la manera en que se efectúa. Pues un problema tiene siempre la solución que merece según la forma en que está planteado, y el campo simbólico de que se dispone para plantearlo. Althusser puede presentar la estructura económica de una sociedad como el campo de problemas que ella se plantea, que está determinada a plantearse y que resuelve con sus propios medios, es decir, conforme a las líneas de diferenciación según las que actualiza la estructura. Habida cuenta de los absurdos, ignominias y crueldades que esas «soluciones» comportan en razón de la estructura, Serge Leclaire, siguiendo a Lacan, puede también distinguir las psicosis y las neurosis, y las neurosis entre sí, menos por los tipos de conflictos que por los modos de cuestión, que hallan siempre la respuesta que merecen en función del campo simbólico en que se plantean: de ese modo la cuestión histérica no es la del obseso (19). En todo ello, problemas y cuestiones no indican un momento provisional y subjetivo en la elaboración de nuestro saber, sino, por el contrario, una categoría perfectamente objetiva, la de las «objetualidades» plenas y enteras, que son las que corresponden a la estructura. El inconsciente estructural es a la vez diferencial, problematizante e interrogante. Es, por último, vamos a verlo ahora, serial.

(18) C. LÉVI-STRAUSS, *Antropología estructural*, pág. 224.

(19) S. LECLAIRE, «La muerte en la vida del obseso», en *El psicoanálisis*, núm. 2, 1956.

V. QUINTO CRITERIO: SERIAL

Sin embargo, todo esto parece todavía incapaz de funcionar. Es porque aún no hemos podido definir más que la mitad de la estructura. Una estructura no se mueve, no se anima, más que si le restituimos su otra mitad. Los elementos simbólicos que hemos definido antes, considerados en sus relaciones diferenciales, se organizan necesariamente en series. Pero en cuanto tales, se refieren a otra serie, constituida por otros elementos simbólicos y otras relaciones: esta referencia a una segunda serie se explica fácilmente si se recuerda que las singularidades derivan de los términos y relaciones de la primera, pero no se contentan con reproducirlas o reflejarlas. Se organizan ellas mismas en otra serie capaz de un desarrollo autónomo, o al menos remiten necesariamente la primera a esa otra serie. Así ocurre con los fonemas y los morfemas, o con la serie económica y otras series sociales. O bien la triple serie de Foucault, lingüística, económica y biológica, etc. La cuestión de saber si la primera serie forma una base y en qué sentido, ya que si ella es significativa las otras serán sólo significadas, es una cuestión compleja cuya naturaleza no podemos precisar ahora. Se debe constatar solamente que toda estructura es serial, multiserial, y no funcionaría sin esta condición.

Cuando Lévi-Strauss emprende el estudio del totemismo, muestra hasta qué punto el fenómeno es mal comprendido cuando se lo interpreta en términos de imaginación. Pues *la imaginación*, siguiendo su ley, concibe necesariamente el totemismo como la operación mediante la que un hombre o un grupo se identifican con un animal. Pero *simbólicamente*, se trata de otra cosa: no de la identificación imaginaria de un término con otro, sino de la homología estructural de dos series de términos. Por una parte, una serie de especies animales consideradas como elementos de relaciones diferenciales, y por otra, una serie de posiciones sociales tomadas simbólicamente en sus propias realizaciones: la confrontación se realiza «entre esos dos sistemas de diferencias», esas dos series de elementos y de relaciones (20).

(20) C. LÉVI-STRAUSS, *El totemismo hoy*, pág. 112.

El inconsciente, según Lacan, no es ni individual ni colectivo, sino intersubjetivo. Es decir, que implica un desarrollo de series: no sólo el significante y el significado, sino que las dos series por lo menos se organizan de manera muy variable según el campo considerado. Uno de los más célebres textos de Lacan comenta la *Carta robada* de Edgar Poe, mostrando cómo la «estructura» saca a escena dos series cuyos lugares están ocupados por sujetos variables: el rey que no ve la carta, la reina que se alegra de haberla escondido tan bien que la ha dejado en evidencia, y el ministro que lo ve todo y que coge la carta (primera serie); policía que no halla nada en casa del ministro; ministro que se alegra de haber escondido tan bien la carta que la ha dejado en evidencia; Dupin que lo ve todo y vuelve a coger la carta (segunda serie) (21). Ya en un texto precedente, Lacan comentaba el caso de *El hombre de las ratas*. Sobre la base de una doble serie, paternal y filial, en la que cada uno ponía en juego cuatro términos relacionados según un orden de lugares: deuda-amigo, mujer rica-mujer pobre (22).

Es evidente que la organización de las series constitutivas de una estructura supone una verdadera puesta en escena y exige en cada caso evaluaciones e interpretaciones precisas. No hay regla general; llegamos aquí al punto en que el estructuralismo implica tanto una verdadera creación como una iniciativa y un descubrimiento que no se realiza sin riesgos. La determinación de una estructura no se consigue sólo mediante la elección de los elementos simbólicos de base y las relaciones diferenciales de las que forman parte; tampoco mediante una repartición de los puntos singulares que le corresponden; pero sí mediante la elaboración de una segunda serie, al menos, que mantenga relaciones complejas con la primera. Y si la estructura define un campo problemático, un campo de problemas es en el sentido en que la naturaleza del problema muestra su objetividad propia en esta constitución serial, que hace que el estructuralismo se sienta a veces próximo a una música. Philippe Sollers escribe una novela, *Drama*, sometida al ritmo de las expresiones «problema» y «frustrado», en el curso de la cual se elaboran

series a tientas («una cadena de recursos marítimos para por su brazo derecho...; la pierna izquierda, por el contrario, parece sacudida por grupos minerales»). O bien la tentativa de Jean-Pierre Faye en *Análogos*, relativa a una coexistencia serial de los modos de relato.

Ahora bien, ¿qué es lo que impide a estas dos series referirse simplemente una a otra, y en consecuencia, identificar sus términos uno a uno? El conjunto de la estructura caería en el estado de una figura de la imaginación. La razón que conjura tal riesgo es extraña en apariencia. En efecto, los términos de cada serie son inseparables en sí mismos de los desplazamientos que sufren en relación a los términos de la otra; son, pues, inseparables de la variación de las relaciones diferenciales. Para la carta robada, el ministro en la segunda serie ocupa el lugar que la reina tenía en la primera. En la serie filial de *El hombre de las ratas*, es la mujer pobre la que ocupa el lugar del amigo en relación a la deuda. O bien en una doble serie de pájaros y de gemelos, citada por Lévi-Strauss, los gemelos que son las «personas de arriba», en relación a las personas de abajo, ocupan necesariamente el lugar de los «pájaros de abajo», y no el de los pájaros de arriba (23). Ese desplazamiento relativo de las dos series no es en absoluto secundario; no afecta a un término, desde afuera y secundariamente, como para proporcionarle un disfraz imaginario. Por el contrario, el desplazamiento es propiamente estructural o simbólico: pertenece esencialmente a los lugares en el espacio de la estructura, y ordena así todos los disfraces imaginarios de los seres y objetos que vienen a ocupar esos lugares secundariamente. Por esto presta el estructuralismo tanta atención a la metáfora y a la metonimia. Éstas no son en absoluto figuras de la imaginación, sino inicialmente factores estructurales. Son incluso los factores estructurales, en el sentido de que expresan los grados de libertad de desplazamiento, de una teoría a otra y en el interior de una misma serie. Lejos de ser imaginarios, impiden a las series que animan, el confundir o el doblar imaginariamente sus términos. Pero ¿qué son esos desplazamientos relativos si forman parte absolutamente de los lugares en la estructura?

(21) J. LACAN, *Escritos*, pág. 15.

(22) J. LACAN, *El mito individual del neurótico*.

(23) C. LÉVI-STRAUSS, *El totemismo hoy*, pág. 115.

VI. SEXTO CRITERIO: EL CUADRO VACÍO

Parece que la estructura envuelve un objeto o elemento totalmente paradójico. Consideremos el caso de la carta, en la historia de Edgar Poe tal como la cuenta Lacan; o el caso de la deuda, en *El hombre de las ratas*. Es evidente que este objeto es eminentemente simbólico. Pero decimos «eminentemente», porque no pertenece a ninguna serie en particular. sin embargo, la carta está presente en las dos series de Edgar Poe; la deuda está presente en las dos series de *El hombre de las ratas*. Un objeto tal está siempre presente en las series correspondientes, las recorre y se mueve en ellas, no cesa de circular por ellas, pasando de una a otra con una agilidad extraordinaria. Se diría que él es su propia metáfora y su propia metonimia. En cada caso, las series están constituidas por términos simbólicos y relaciones diferenciales; pero él parece de naturaleza diferente. Efectivamente, la variedad de los términos y la variación de las relaciones diferenciales están determinadas cada vez por referencia a él. Las dos series de una estructura son siempre divergentes (en virtud de las leyes de la diferenciación). Pero este objeto singular es el punto de convergencia de las series divergentes en cuanto tales. Es «eminentemente» simbólico, pero precisamente porque es inmanente a las dos series a la vez. ¿Cómo llamarle, sino objeto = x , objeto de adivinanza, o gran móvil? Sin embargo, podemos tener dudas: lo que J. Lacan nos invita a descubrir en los dos casos, el papel particular de una carta o de una deuda, ¿es acaso un artificio, aplicable a esos casos, o bien un método general, válido para todos los ámbitos estructurables, criterio para toda estructura, como si una estructura no se definiera sin la asignación de un objeto = x que no cesa de recorrer las series? Como si la obra literaria, por ejemplo, o la obra de arte, y también otras obras, como las de la sociedad, las de la enfermedad, o las de la vida en general, envolvieran este objeto tan particular que domina su estructura. Y como si se tratara siempre de hallar quién es H, o descubriera una x envuelta en la obra. Así ocurre con las canciones: el estribillo concierne a un objeto = x , mientras que las estrofas forman las series divergentes por donde aquél circula. Por esto las canciones presentan cierta-

mente una estructura elemental. Un discípulo de Lacan, André Green, señala la existencia del pañuelo que circula en *Otelo* recorriendo todas las series de la pieza (24). También hablamos de las dos series del príncipe de Gales, Falstaff o el padre-bufón, Enrique IV o el padre-real, las dos imágenes de padre. La corona es el objeto = x que recorre las dos series, con términos y significados diferentes; el momento en que el príncipe ensaya con la corona, sin haber muerto aún su padre, señala el paso de una serie a otra, el cambio de los términos simbólicos y la variación de las relaciones diferenciales. El viejo rey moribundo se encoleriza, y cree que su hijo desea identificarse con él prematuramente; sin embargo, el príncipe sabe responder, y demostrar en un discurso espléndido que la corona no es objeto de una identificación imaginaria, sino, por el contrario, el término eminentemente simbólico que recorre todas las series, la serie infame de Falstaff y la gran serie real, y que permite el paso de una a otra en el seno de la misma estructura. Había, como hemos visto, una primera diferencia entre lo imaginario y lo simbólico: el papel diferenciador de lo simbólico, por oposición al papel asimilador, que refleja, desdobra y reduplica, de lo imaginario. Pero la segunda frontera aparece mejor aquí: contra el carácter dual de la imaginación, el tercero interviene esencialmente en el sistema simbólico, distribuye las series, las desplaza relativamente, las hace comunicarse, impidiendo siempre a una abatirse imaginariamente sobre la otra.

Deuda, carta, pañuelo o corona, la naturaleza de este objeto está precisada por Lacan: se halla siempre desplazado en relación a sí mismo. Tiene como propiedad el no encontrarse donde se le busca, pero, en revancha, el ser hallado donde no se le busca. Podrá decirse que «falta de su lugar» (y por ello no es algo real); también, que niega su propia figura (y por ello no constituye una imagen); que falta a su propia identidad (y por ello no es un concepto). «Lo que está escondido no es jamás *lo que falta de su lugar*, como dice la ficha de pedido de un libro cuando está descolocado en la biblioteca. Y éste estaría, en efecto, sobre la balda o

(24) A. GREEN, «El objeto (x) de J. Lacan», en *Cuadernos para el psicoanálisis*, núm. 3, pág. 32.

sobre el cuadro junto al que se le buscaba, por muy visible que pareciese. No puede decirse *al pie de la letra* que algo falta de su lugar más que de lo que puede cambiar, es decir, de lo simbólico. Pues para lo real, a pesar de que pueda suceder alguna tergiversación, existe siempre y en todo caso, se encuentra pegado a su suela, sin que haya nada que pueda apartarlo» (25). Si las series que el objeto = x recorre presentan necesariamente desplazamientos *relativos* una respecto a otra, es porque los lugares *relativos* de sus términos en la estructura dependen primeramente del lugar *absoluto* de cada uno, en cada momento, en relación al objeto = x , siempre circulante, siempre desplazado en relación a sí mismo. En ese sentido, el desplazamiento, y en general todas las formas de cambio, no forman un carácter atribuido desde fuera, sino la propiedad fundamental que permite definir la estructura como orden de los lugares bajo la variación de las relaciones. Toda la estructura está movida por ese *tercero original*, pero también falta a su propio origen. Distribuyendo las diferencias en toda la estructura, haciendo variar las relaciones diferenciales con sus desplazamientos, el objeto = x constituye lo diferenciante de la propia diferencia.

Los juegos tienen necesidad del cuadro vacío, sin lo que nada avanzaría ni funcionaría. El objeto = x no se distingue de su lugar, pero corresponde a este lugar el desplazarse continuamente, como al cuadro vacío el saltar sin cesar. Lacan evoca el *lugar del muerto* en el *bridge*. En las admirables páginas con que se inicia *Las palabras y las cosas*, donde describe un cuadro de Velázquez, Foucault evoca el *lugar del rey*, en relación a lo cual todo se desplaza y resbala, Dios, el hombre después, sin ocuparlo nunca (26). No hay estructuralismo sin ese grado cero. Philippe Sollers y Jean-Pierre Faye prefieren aludir a la *tarea ciega*, designando ese punto siempre móvil que supone la ceguera, pero a partir del cual se hace posible la escritura, porque allí se organizan las series como verdaderos literemas. J. A. Miller, en su esfuerzo para elaborar un concepto de causalidad estructural o metonímica, toma de Frege la posición de un *cero*, definido como carente de su propia identidad, y que condiciona la

(25) J. LACAN, *Escritos*, pág. 25.

(26) M. FOUCAULT, *Las palabras y las cosas*, cap. I.

constitución serial de los números (27). Incluso Lévi-Strauss, que en cierto sentido es el más positivista de los estructuralistas, el menos romántico, el menos inclinado a acoger un elemento huidizo, reconocía en el *mana* o sus equivalentes, la existencia de un «significante flotante», de un valor simbólico cero circulando en la estructura (28). Alcanzaba así el fonema cero de Jakobson, que no comporta por sí mismo ningún carácter diferencial ni valor fonético, pero en relación al cual todos los fonemas se sitúan en sus propias relaciones diferenciales.

Si bien es cierto que la crítica estructural tiene por objeto determinar en el lenguaje las «virtualidades» que existen a la obra, la obra es estructural cuando se propone expresar sus propias virtualidades. Lewis Carroll y Joyce inventaron «palabras-valijas», o más generalmente, palabras esotéricas, para asegurar la coincidencia de las series verbales sohoras y la simultaneidad de las series de historias asociadas. En *Finnegan's Wake*, es aún una *carta* la que constituye el cosmos, y la que reúne todas las series del mundo. En Lewis Carroll, la palabra-valija connota al menos dos series de base (hablar y comer, serie verbal y serie alimenticia) que pueden ramificarse: por ejemplo, el *Snark*. Es un error decir que tal palabra tiene dos sentidos; de hecho, pertenece a una orden diferente al de las palabras que tienen *el* sentido. Es el sin-sentido quien anima al menos las dos series, pero quien las provee de sentido circulando a través de ellas. Es él, en su obicuidad, en su perpetuo desplazamiento, quien produce el sentido en cada serie, y de una serie a otra, y no cesa de desplazar ambas series. Es la palabra = x , en tanto que designa el objeto = x , el objeto *problemático*. En cuanto palabra = x , recorre una serie determinada como la del significante; pero al mismo tiempo como objeto = x , recorre la otra serie determinada como la del significado. No cesa a la vez de cavar y de rellenar la separación entre las dos series: Lévi-Strauss lo demuestra a propósito del *mana*, que asimila a las palabras «truco» o

(27) J. A. MILLER, «La sutura», en *Cuadernos para el psicoanálisis*, núm. 1.

(28) C. LÉVI-STRAUSS, *Introducción a la obra de Marcel Mauss*, páginas 49-59 (en MARCEL MAUSS, *Sociología y antropología*, P. U. F., París).

«ficción». De esta manera, como hemos visto, el sin-sentido no es la ausencia de significación, sino, por el contrario, el exceso de sentido, o lo que provee de sentido el significado y el significante. El sentido aparece aquí como el efecto de funcionamiento de la estructura, en la animación de sus series componentes. Y sin duda, las palabras-valijas no son más que un procedimiento entre otros para asegurar esta circulación. Las técnicas de Raymond Roussel, tal como Foucault las ha analizado, son de naturaleza diferente: están fundadas sobre relaciones diferenciales fonemáticas, o sobre relaciones aún más complejas (29). En Mallarmé, hallamos sistemas de relaciones entre series, y móviles que las animan, de un tipo también diferente. Nuestro objetivo no es analizar el conjunto de los procedimientos que han elaborado y elaboran la literatura moderna, utilizando toda una topografía, toda una tipografía del «libro futuro», sino sólo señalar en todos los casos la eficacia de este cuadro vacío de doble cara, a la vez palabra y objeto.

¿En qué consiste este objeto = x ? ¿Es y debe permanecer como objeto perpetuo de un acertijo, el *perpetuum mobile*? Sería una forma de señalar la consistencia objetiva que adquiere la categoría de lo problemático en el seno de las estructuras. Es correcto, por último, que la cuestión «¿cómo se reconoce el estructuralismo?» conduzca a la posición de algo que no es reconocible o identificable. Consideremos la respuesta psicoanalítica de Lacan: el objeto = x está determinado como falo. Pero este falo no es ni el órgano real, ni la serie de imágenes asociadas o asociables: es falo simbólico. Sin embargo, se trata de la sexualidad, no de otra cosa, contrariamente a las piadosas tentaciones siempre reiteradas en psicoanálisis de abjurar o de minimizar las referencias sexuales. Pero el falo aparece, no como un dato sexual ni como la determinación empírica de uno de los sexos, sino como el órgano simbólico que funda toda la sexualidad como sistema o estructura, y por relación al cual se distribuyen los lugares ocupados de manera variable por los hombres y las mujeres, y también las series de imágenes y realidades. Designando el objeto = x como falo, no es cuestión de identificar este objeto, de conferir a este objeto una iden-

tidad que repugna a su naturaleza; pues, por el contrario, el falo simbólico es lo que falta a su propia identidad, hallada siempre donde no está, pues no está donde se le busca, desplazada siempre en relación a sí, *del lado de la madre*. En ese sentido, es tanto la carta como la deuda, el pañuelo, la corona, el *Snark* y el *mana*. Padre, madre, etc., son los elementos simbólicos tomados en sus relaciones diferenciales, pero el falo es otra cosa, el objeto = x que determina el lugar relativo de los elementos y el valor variable de las relaciones, haciendo de la sexualidad completa una estructura. Las relaciones varían, como relaciones entre «impulsos parciales» constitutivos de la sexualidad, en función de los desplazamientos del objeto = x .

El falo no es, evidentemente, una última respuesta. Es más bien el lugar de una cuestión, de una «petición» que caracteriza el cuadro vacío de la estructura sexual. Las cuestiones y las respuestas varían según la estructura considerada, pero nunca dependen de nuestra preferencia, ni de un orden de causalidad abstracta. Es evidente que el cuadro vacío de una estructura económica, como el cambio de mercancías, debe ser determinado de manera diferente: consiste en «algo» que no se reduce ni a los términos del cambio, ni a la propia relación de cambio, pero que forma un tercero eminentemente simbólico en perpetuo desplazamiento, y en función del cual van a definirse las variaciones de las referencias. Tal es el *valor* como expresión de un «trabajo en general», más allá de toda cualidad empíricamente observable, lugar de la cuestión que atraviesa o recorre la economía como estructura (30).

Deriva de aquí una consecuencia más general que concierne a los diferentes «órdenes». Sin duda, en la perspectiva del estructuralismo, no conviene resucitar el problema: ¿hay una estructura que determina a las demás en última instancia? Por ejemplo, ¿qué es primero, el valor o el falo, el fetiche económico o el fetiche sexual? Por muchas razones, estas cuestiones carecen de sentido. Todas las estructuras son infraestructuras. Los órdenes de estructura —lin-

(29) Cfr. M. Foucault, *Raymond Roussel*.

(30) Cfr. *Leer el Capital*, t. I, págs. 242 y sigs.: el análisis que Pierre Machery hace de la noción de valor, demostrando que está siempre desplazado en relación al intercambio en que aparece.

güística, familiar, económica, sexual, etc.— se caracterizan por la forma de sus elementos simbólicos, la variedad de sus relaciones diferenciales, la especie de sus singularidades, en fin y sobre todo, por la naturaleza del objeto = x que preside su funcionamiento. Nosotros no podemos establecer un orden de causalidad lineal de una estructura más que confiando al objeto = x en cada caso el género de identidad al que se opone esencialmente. Entre estructuras, la causalidad no puede ser más que un tipo de causalidad estructurada. En cada orden de estructura, el objeto = x no es en absoluto un desconocido, un puro indeterminado; es perfectamente determinable, comprendido tanto en sus desplazamientos como por el modo de desplazamiento que le caracteriza. Simplemente, no es asignable: es decir, no se le puede asimilar a un lugar, ni identificar con un género o una especie. Constituye el último género de la estructura o su lugar total: no tiene identidad más que para carecer de esta identidad, y no tiene lugar más que para desplazarse en relación a cualquier lugar. Por ello, el objeto = x es para cada orden de estructura el lugar vacío o perforado que permite a este orden articularse con los demás, en un espacio que comporta tanto direcciones como órdenes. Los órdenes de estructura no comunican en un mismo lugar, sino que comunican todos por su lugar vacío u objeto = x respectivo. Por esto, a pesar de determinadas páginas prematuras de Lévi-Strauss, no puede reclamarse ningún privilegio para las estructuras sociales etnográficas, remitiendo las estructuras sexuales psicoanalíticas a la determinación empírica de un individuo más o menos desocializado. Incluso las estructuras de la lingüística no pueden pasar por elementos simbólicos o significantes últimos: precisamente en la medida en que las demás estructuras no se contentan con aplicar por analogía los métodos tomados de la lingüística, sino que descubren por su cuenta verdaderos lenguajes, aunque sean no verbales, comportando siempre sus significantes, sus elementos simbólicos y sus relaciones diferenciales. Foucault, al plantear el problema de las relaciones etnografía-psicoanálisis, dice con razón: «Se cortan en ángulo recto; pues la cadena significativa mediante la que se constituye la experiencia única del individuo es perpendicular al sistema formal a partir del que se constituyen las significaciones de una cultura. En cada instante

la estructura propia de la experiencia individual halla en los sistemas de la sociedad un determinado número de elecciones posibles (y de posibilidades excluidas); inversamente, las estructuras sociales hallan en cada uno de sus puntos de elección un cierto número de individuos posibles (y otros que no lo son)» (31).

Y en cada estructura, el objeto = x debe ser susceptible de dar cuenta: 1) de la manera en que se subordinan en su orden los otros órdenes de estructura, no interviniendo éstos más que como dimensiones de actualización; 2) de la manera en que está él mismo subordinado a los otros órdenes en el suyo (y no intervienen más que en su propia actualización); 3) de la manera en que todos los objetos = x y todos los órdenes de estructura se comunican unos con otros, definiendo cada orden una dimensión del espacio donde es el primero en absoluto; 4) de las condiciones en las cuales, en tal momento de la historia o en tal caso, tal dimensión correspondiente a tal orden de la estructura no se despliega por sí misma y permanece sometida a la actualización de otro orden (el concepto lacaniano de «prescripción» tendría aquí una importancia decisiva).

VII. ÚLTIMOS CRITERIOS: DEL SUJETO A LA PRÁCTICA

En cierto sentido, los lugares no están ocupados por seres reales más que en la medida en que la estructura está «actualizada». Pero en otro sentido, podemos decir que las plazas ya están ocupadas por los elementos simbólicos, a nivel de la propia estructura; y son las relaciones diferenciales de esos elementos las que determinan el orden de las plazas en general. Hay, pues, una ocupación simbólica primaria, antes de toda ocupación secundaria por seres reales. Lo único que volvemos a encontrar es la paradoja del cuadro vacío; pues es la única plaza que no puede ni debe ser ocupada, ni siquiera por un elemento simbólico. Debe guardar la perfección de su vacío para desplazarse en relación a sí misma, y para circular a través de los elementos y de las variedades de relaciones. Siendo simbólica, debe ser para sí misma su

(31) M. FOUCAULT, *Las palabras y las cosas*, pág. 392.

propio símbolo, y carecer eternamente de su propia mitad que podría venir a ocuparla. (Ese vacío, sin embargo, no es un no-ser; o al menos, ese no-ser no es el ser de lo negativo, es el ser positivo de lo «problemático», el ser objetivo de un problema y de una cuestión.) Por esto puede decir Foucault: «No se puede ya pensar más que en el vacío del hombre desaparecido, pues ese vacío no incrementa una carencia, no indica una laguna a rellenar. No es ni más ni menos que el despliegue de un espacio donde es posible de nuevo pensar» (32).

Ahora bien, si el lugar vacío no es ocupado por un término, tampoco está acompañado por una instancia eminentemente simbólica que sigue todos sus desplazamientos: acompañado sin ser ocupado. Y ambos, la instancia y el lugar, no cesan de faltarse el uno al otro, y de acompañarse de esa manera. El sujeto es precisamente la instancia que sigue al lugar vacío: como dice Lacan, es menos sujeto que sujetado, sujetado al cuadro vacío, sujetado al falo y a sus desplazamientos. Su agilidad no tiene parangón, o no debería tenerlo. El sujeto es también esencialmente intersubjetivo. Anunciar la muerte de Dios, o incluso la muerte del hombre, no significa nada. Lo que cuenta es el cómo. Nietzsche demostró ya que Dios ha muerto de muchas formas; y que los dioses mueren, pero de risa, al oír decir a un dios cualquiera que es el Único. El estructuralismo no es en absoluto un pensamiento que suprime el sujeto, sino un pensamiento que lo desmenuza y lo distribuye sistemáticamente, que discute la identidad del sujeto, que lo disipa y lo hace ir de lugar en lugar, sujeto siempre nómada hecho de individuaciones, aunque impersonales, o de singularidades, aunque preindividuales. En ese sentido habla Foucault de «dispersión»; y Lévi-Strauss no puede definir una instancia subjetiva más que como dependiente de las condiciones de objeto bajo las cuales los sistemas de verdad se hacen convertibles y, en consecuencia «simultáneamente admisibles para muchos sujetos» (33).

Por consiguiente, pueden definirse dos grandes accidentes de la estructura. O bien el cuadro vacío y móvil no está acompañado ya por un sujeto nómada que señala el recorri-

(32) M. FOUCAULT, *Las palabras y las cosas*, pág. 353.
(33) C. LÉVI-STRAUSS, *Lo crudo y lo cocido*, pág. 19.

do, y su vacío se convierte en una verdadera carencia, en una laguna; o bien está, por el contrario, lleno, ocupado por lo que le acompaña, y su movilidad se pierde en el efecto de una plenitud sedentaria o congelada. En términos lingüísticos podría decirse, tanto que el «significante» ha desaparecido, que la flotación del significado no halla un elemento significativo que lo soporte, como que el «significado» se ha desvanecido y la cadena del significante no halla ya significado que la recorra: los dos aspectos patológicos de la psicosis (34). Podría decirse aún, en términos teoantropológicos, que cuanto más hace Dios crecer el desierto y cava en la tierra una laguna, tanto más la ocupa el hombre, y en esta vana permutación nos hace pasar de un accidente a otro: por esto el hombre y Dios son las dos enfermedades de la tierra, es decir, de la estructura.

Lo importante es saber bajo qué factores y en qué momentos están determinados esos accidentes en las estructuras de tal o cual orden. Consideremos de nuevo los análisis de Althusser y de sus colaboradores: por una parte, muestran cómo, en el orden económico, las aventuras del cuadro vacío (el valor como objeto = x) están marcadas por la mercancía, el dinero, el fetiche, el capital, etc., que caracteriza la estructura capitalista; por otra parte, muestran cómo las contradicciones nacen de este modo en la estructura. Por último, cómo lo real y lo imaginario, es decir, los seres reales que vienen a ocupar los lugares y las ideologías que expresan la imagen que tienen de sí mismos, están estrechamente determinados por el juego de esas aventuras estructurales y de las contradicciones que de él derivan. No es que las contradicciones sean imaginarias: son propiamente estructurales, y califican los efectos de la estructura en el tiempo interno que le es propia. No se dirá de la contradicción que es aparente, sino que está derivada: deriva del lugar vacío y del devenir en la estructura. *Por regla general, lo real, lo imaginario y sus relaciones están siempre engendrados secundariamente por el funcionamiento de la estructura, que comienza por tener sus efectos primarios en sí misma.* Al no ser eso

(34) Cfr. el esquema propuesto por S. LECLAIRE, siguiendo a Lacan, en «A la búsqueda de los principios de una psicoterapia de las psicosis», en *La evolución psiquiátrica*, 1958.

algo ajeno, lo que llamamos siempre accidentes forma parte de la estructura. Se trata, por el contrario, de una «tendencia» inmanente (35). Se trata de acontecimientos ideales que forman parte de la propia estructura, y que afectan simbólicamente al cuadro vacío o al sujeto. Los llamamos «accidentes» para marcar mejor no un carácter de contingencia o de exterioridad, sino un carácter de acontecimiento muy especial, interior a la estructura en cuanto ésta no se reduce nunca a una esencia simple.

En consecuencia, se plantea al estructuralismo un conjunto de problemas complejos, relativos a las «mutaciones» estructurales (Foucault) o a las «formas de transición» de una estructura a otra (Althusser). Las relaciones diferenciales son siempre susceptibles de nuevos valores o de variaciones en función del cuadro vacío, y las singularidades son capaces de distribuciones nuevas, constitutivas de otra estructura. Aún es preciso que sean «resueltas» las contradicciones, es decir, que el lugar vacío sea desembarazado de los acontecimientos simbólicos que lo ocultan, y que sea ofrecido al sujeto que debe acompañarlo por nuevos caminos, sin ocuparlo ni abandonarlo. También existe un héroe estructuralista: no es ni Dios ni el hombre, no es personal ni universal, carece de identidad, y está hecho de individuaciones no personales y de singularidades preindividuales. Asegura el estallido de una estructura afectada por exceso o por defecto, opone su propio acontecimiento ideal a los acontecimientos ideales que acabamos de definir (36). El que pertenezca a una nueva estructura que no reinicie aventuras análogas a las de tiempos pasados y que no haga renacer contradicciones mortales, depende de la fuerza de resistencia y de la fuerza creadora de ese héroe, de su agilidad para seguir y salvaguardar los desplazamientos, de su poder para hacer variar las relaciones y redistribuir las singularidades, echando siem-

(35) Sobre las nociones marxistas de «contradicción» y de «tendencias», cfr. los análisis de E. BALIBAN, *Leer el Capital*, t. II, págs. 290 y siguientes.

(36) Cfr. MICHEL FOUCAULT, *Las palabras y las cosas*, pág. 230: la mutación estructural, aunque pueda ser analizada, incluso minuciosamente, no puede ser explicada ni siquiera condensada en una palabra única; constituye un suceso radical que se reparte por toda la superficie visible del saber y cuyos signos, sacudidos y efectos pueden seguirse paso a paso.

pre aún unos dados. Ese punto de mutación define precisamente una praxis, o más bien el lugar en que debe instalarse la praxis. Pues el estructuralismo no es sólo inseparable de las obras que crea, sino también de una práctica en relación a los productos que interpreta. El que esta práctica sea terapéutica o política, señala un punto de revolución permanente o de transferencia permanente.

Estos últimos criterios, del sujeto a la praxis, son los más oscuros, son los criterios del porvenir. A través de los seis caracteres precedentes, sólo hemos pretendido recoger un sistema de resonancias elaborado por autores muy independientes unos de otros y que exploran campos muy diversos. Y también la teoría que ellos proponen respecto a esas resonancias. A los diferentes niveles de la estructura, lo real y lo imaginario, los seres reales y las ideologías, el sentido y la contradicción, son «efectos» que deben ser comprendidos al término de «un proceso», de una producción diferenciada propiamente estructural: extraña génesis estática para «efectos» físicos (ópticos, sonoros, etc.). Los libros contra el estructuralismo (o los que atacan a la nueva novela) carecen de importancia; no pueden impedir que el estructuralismo tenga una productividad que es la de nuestra época. Ningún libro contra lo que sea tiene importancia; sólo cuentan los libros «a favor de» algo nuevo, y que saben producirlo.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

- Esprit*, Seuil, noviembre 1963.
Cahiers pour l'analyse, Seuil, núm. 9, 1968.
Qu'est-ce que le structuralisme?, Seuil, 1968.
Musique en jeu, Seuil, núm. 5, 1971.
 SAUSSURE (F. de): *Cours de Linguistique générale*, Lausanne, 1916.
 TROUBETSKOI (N. S.): *Principes de phonologie*, 1939.
 JAKOBSON (R.): *Essais de Linguistique générale*, Éditions de Minuit, 1963.
 LÉVI-STRAUSS (C.): *Les structures élémentaires de la parenté*, 1947, 2^a ed., Mouton, 1967.
 LÉVI-STRAUSS (C.): *Anthropologie structurale*, Plon, 1958.
 LÉVI-STRAUSS (C.): *Mythologiques*, 4 tomos, Plon, 1964-1972.
 LACAN (J.): *Écrits*, Seuil, 1966.
 ALTHUSSER (L.): *Pour Marx*, Maspéro, 1965.
 ALTHUSSER (L.): *Lire le Capital*, obra colectiva, 2 vols., Maspéro, 1965.
 FOUCAULT (M.): *Les mots et les choses* Gallimard, 1966.